

Feijóo como ser humano

Fragmentos de una entrevista realizada por los periodistas Luis Machado Ordetx y Laura Rodríguez Fuentes a Ramón Rodríguez Limonte, amigo y colaborador de Feijóo, quien compartiera con él momentos importantes desde sus años en la Universidad Central de Las Villas.

¿En cuál de los textos de Feijóo encuentras reflejado con mayor claridad al escritor, al artista, al hombre natural que fue?

En Carta en otoño, un texto rareza escrito en 1946 y publicado en única ocasión en 1957. Es corto, pero recoge cual manifiesto de la cotidianidad su más sincera visión del mundo, ese entorno que lo rodeaba y afectaba en aquellos años de juventud. Allí dice: «Hago letras. Son para mí, para mí mismo, delirios, risas, penas hondas [...], para mí mismo y malamente». Resulta curioso que en un libro de tal brevedad realizara el poeta una disertación minuciosa sobre las relaciones humanas con tamaña exactitud.

Feijóo era un hombre muy humilde, perceptivo y tierno, lo cual puede apreciarse en muchos de los pasajes descritos, como cuando enmudece, «herido por grandes obras de tristeza», o cuando se estremece con los sencillos versos de una niña campesina. Se declara insobornable. Pregunta sobre la eternidad, y

la define. En pocas líneas deja establecida una jocosa explicación sobre el funeral que deseaba. En las disposiciones finales exige que no escandalizaran alrededor de su cuerpo ni lo velaran como a otro cualquiera. Ordena a su madre que contratara cantores populares con guitarras, claves y maracas, y que estos interpretaran «el famoso documento filosófico del pueblo», el cual no era más que una conocida rumba.

Habla, incluso, de sexo, de amor, pero como acto de espíritu, no de la primitiva exacerbación de instintos («el sexo no me en-decha cuando el lirio no lo forma»). Le entristecían las decepciones amorosas. Amaba a la mujer, apreciaba su belleza como un ser puro. No le gustaban las mujeres vulgares o artificiosas. Tampoco creía en términos medios. Prefería la sencillez, y se inclinaba y besaba la mano de las que se ganaban su admiración. Nunca actuaba de manera irracional.

¿Qué significaba para Feijóo la palabra Amistad?

Feijóo concibe la amistad como una religión y era consecuente con su palabra. Tenía una fidelidad absoluta hacia los amigos. Era exigente y forjaba su opinión con el paso del tiempo, rasgos de su personalidad que bien pueden leerse entre las líneas de Carta en otoño y otros textos. Ahí están sus amigos comunistas, su antiimperialismo militante, su cubanía integral. La crítica a la impasibilidad, el conformismo y el olvido del hombre «en su batalla bruta, en sus hastíos bestiales», y la manera en la cual realza la imagen del guajiro, mal mirado en aquellos años en que predominaban ideas pequeño-burguesas.

¿Qué cualidad señalarías como fundamental en su personalidad?

El amor. Feijóo era un hombre amoroso, catalogaba a los amigos de la infancia como un tesoro. Decía que moría en cada amigo que fallecía. Las tres grandes crisis emocionales de Feijóo fueron por amor, no por problemas económicos, ni siquiera sintió rencor cuando lo expulsaron de la universidad. No, no se deprimió ni lo lamentó. Sabía que era una consecuencia lógica de su actitud ante la vida cultural y la sociedad. Tuvo tres momentos de desequilibrio emocional: cuando mataron a su hermano Nano, en 1933; cuando enferma su novia Eloína, y después que falleció su esposa Isabel. Las andanzas con el tío

Tomás por el Escambray lo ayudaron a superar las dos primeras angustias, y la última, la pérdida de la mujer fiel, lo impulsó al trabajo. Fueron, a su vez, etapas de sufrimiento, pero lindas pues de ellas brota la poesía. Desde entonces representó al hombre excepcional, integrador, así lo veo yo.

De su carácter, ¿qué te llamó más la atención?

La coherencia. En Feijóo hay coherencia en todo. Amaba las artes y la virtud humana. El poeta que haga los mejores versos, indicó, si no tiene una actitud cívica y limpia ante la sociedad, no habrá hecho literatura; es decir, no separa nada y contempla la vida integralmente, en armonía, como un paradigma. En Santa Clara y en Cienfuegos hicimos juntos muchas caminatas. Un día quiso mostrarme a algunos de sus amigos; eran gente humilde; tres poetas, muy sencillos: uno, Frankenstein (Francisco Echazabal); otro, Luis Gómez, quien tenía más connotación, y el último, Julio Jiménez, un simple albañil, negro, y que decía, a pesar de sus 84 años, ser «el hombre más feliz del mundo» porque nunca había tenido nada material ni lo había ambicionado. Los aprecié gracias a Samuel. Cuando murió Julio, aparece en Signos una nota hermosa que escribió Feijóo para reconocer los valores intrínsecos de un hombre humilde.

Feijóo no era un hombre de la media humana, sino que era especial, y por eso lo tildaron de loco. En cambio, representó al ser social consecuente con todos los hechos culturales o espirituales que asumió, llámense sucesos íntimos, sociales, crítica de arte, la poesía, la Historia de Cuba o universal. La coherencia que encuentro en Feijóo es casi similar a la de Martí por su fidelidad a una idea o un acontecimiento.

¿Y del amor por la naturaleza, por su tierra natal...?

La naturaleza lo regocijaba y lo curaba de quebrantos.

Como punto geográfico es La Jorobada el espacio que más lo marcó. Allí hace andanzas campestres, aprecia las flores silvestres de la campiña, y también va al río, y sube lomas para sentirse libre de ataduras. Es como un «hechizo» de amistad que surge entre él y la naturaleza. Queda seducido con el circo, porque era una cosa de maravillas, y a sus artistas los considera entre los más brillantes de un espectáculo cultural. Sintió emoción con

una mujer trapecista, bella, y perdió la inocencia cuando le contempló los muslos. Conoció el vuelo del papalote, y aprendió a comer caña, lo que constituyó un delirio, un vicio para él, como también lo fue el gusto por las frutas. Todo lo inculcó el padre, también el tío Tomás. Su sentido de lealtad hacia los amigos jamás cambió en toda su vida. Desde La Jorobada apreció por vez primera el tren; fue a Cienfuegos y se deslumbró con el mar, y aprendió a recorrer el Escambray cienfueguero por la zona de La Siguanea.

También se nutrió de Santa Clara, donde residió unos meses cuando tenía 19 años, y reconoció sus valores. En la biblioteca Martí descubrió a Bernard Shaw, José Ingenieros y a Carlos Marx... esos también fueron sus camaradas de sabiduría y de filosofías, porque le daban fuerzas para oponerse a la fealdad de la vida. Es un signo de agradecimiento, como un lugar o una página que le aportó momentos grandes, inmensos, para su existencia y crecimiento como ser humano. Así que no eran solo San Juan y los campos.

¿Qué puede decir del Feijóo periodista, un poco olvidado tras el brillo del Feijóo poeta?

En el periodismo de Feijóo encontramos al poeta en todo su quehacer intelectual. Todo lo hacía desde una perspectiva poética, porque no era un «armador de palabras» sino un hombre que rastreaba en la belleza para demostrar una actitud ante la vida. Así se manifestaba. Su Azar de lecturas (1951) es majestuoso. Aparece la clásica entrevista de preguntas, pero el periodista se muestra equidistante.

Tiene una iluminación punzante en sus reportajes, como en «El hombre de los muertos», una historia sobre un enterrador del cementerio Tomás Acea, de Cienfuegos. Está gozoso con todo lo que escribe, y fustiga o enaltece al hombre. Es también la clásica imagen del gran promotor cultural que fue.

De una personalidad tan controvertida, ¿qué exponer sobre sus defectos?

Era una personalidad difícil, primero por lo atípico, las contradicciones con la mediocridad y, sobre todo, por su sinceridad, cosa a la cual no estamos acostumbrados.

A veces era ríspido, pero justificado. Todo estaba en su esencia cristiana, muy fuerte. Se formó estudiando los Evangelios, la Biblia. Su pieza poética Beth-el (1949), que está entre lo más excelso de su obra, es representativo de ello. cuando alguien asumía poses intelectuales, muy estiradas, era como si lo pincharan, se colocaba en la posición del toro embravecido, ponía cada cosa en su lugar y definía posición. No era un defecto, sino una actitud honesta eante la vida. Creía en la verdadera esencia cristiana de que «Dios humilla al altivo y enaltece al humilde». él tenía la intención de mejorar al ser humano, de hacerlo crecer en lo positivo, en lo limpio; por eso era enemigo de todos los vicios. Creo que fue consecuente para juzgar los hechos de la vida. Es consecuente con esa filosofía, y si se molestaba era por eso. Constituía una convicción muy personal. Bien claro lo establece en «Valores fieles», donde expone: «mi bolsa de valores siempre anda bien / ahí tengo la mente llena de pájaros / ahí tengo el monte lleno de arroyos / ahí tengo los mares, islas, distancias / ahí tengo las noches de estrellas misteriosas / ¿cómo puedo quebrar?»; así era Feijóo, no otro: un hombre de Cuba y por Cuba.